

CAMPEONA MUNDIAL DE LA MENTIRA

El nuevo hallazgo de la ciencia, "la máquina de la verdad", fracasó ante su extraordinaria serenidad y sangre fría



Esta encantadora mujer rubia, llena de serenidad, ha hecho fracasar al "detector de mentiras", que no ha sufrido ninguna alteración ante las mentiras que ella dice que le ha contado. Esto la ha valido ganar un campeonato; pero nosotros creemos que el aparato no ha fracasado, porque con esa expresión no se puede mentir nunca.

EN Italia, concretamente en Padova, se ha organizado uno de los concursos más originales que se han celebrado hasta ahora; se trata de un campeonato de mentirosos. Pero no de mentirosos corrientes y vulgares, de esos que se dedican a contar estupidas aventuras imaginadas en torno a la mesa del café, o inexistentes proezas cinegéticas en una tertulia al calor del fuego. Se trata, por el contrario, de auténticos mentirosos con el suficiente dominio sobre sí mismos para mentir sin que el estado emocional que la mentira provoca sea registrado por la nueva conquista de la ciencia para descubrir al falseador de la verdad, que se llama "el detector de mentiras".

El mayor número de concursantes que se han enfrentado con la máquina de Padova han sido mujeres, y una mujer es la que, en definitiva, ha triunfado. Ella ha dicho cuanto se le ha ocurrido, todo alejado de la verdad, sin que su pulso se haya alterado lo más mínimo. Ya comprenderán ustedes que el nombre de la triunfadora no se ha hecho público porque, a juicio de los jurados, su fama se extendería rápidamente por el mundo entero, y esta fama sería perjudicial para su legítima aspiración de encontrar marido. ¿Qué hombre iba a ser capaz de creer a esta mujer cuando, trémula de emoción, le jurase amor eterno?

EL AFAN DE SABER

El "revelador de la verdad", "polígrafo registrador", "detector de mentiras", "ohivato", o como ustedes le quieran llamar, no es una conquista de nuestros

tiempos, aunque ahora haya llegado casi a su máxima perfección. En los tiempos de la primera guerra mundial se hablaba ya del aparato lanzado por el norteamericano Keeler. Pero ha sido en estos últimos años cuando se ha logrado descubrir casi con eficacia los embustes de la Humanidad. Y decimos casi porque no faltan gentes, como la jovenita de Padova, que resisten, en su afán de mentir, las más audaces conquistas de la ciencia.

En los Estados Unidos se han creado en las Universidades cursos para operadores del "detector de mentiras". Estos cursos tienen una duración de seis meses, y en ellos se dan a los cursillistas lecciones de fisiología y de psicología.

Esta nueva actividad humana que es el saber manejar con éxito "el revelador de la verdad" cuenta ya con expertos de fama mundial. Uno de ellos es el americano Elledge, Mister Elledge, con su aspecto oriental, que le va muy bien con su cometido enigmático para los profanos, lleva veinticinco años dedicado a la investigación, y por sus manos han pasado infinidad de delincuentes, a los que, con detector y sin él, ha conseguido sonsacar la verdad. En los últimos nueve años se ha consagrado exclusivamente al estudio del "detector" y a su perfeccionamiento. Para él esta innovación en el campo de la investigación criminal no es nada más que una superación del viejo sistema de la "cola de asno".

EL SISTEMA DE NUESTROS ABUELOS

En tiempos remotos, para des-

cubrir a los culpables de un hecho delictivo, se usaba el pintoresco sistema de la "cola de asno". Nuestros abuelos tenían, a juzgar por lo que nos han contado, un asno especial. La especialidad de este asno, instrumento de la justicia, residía en la cola. El pollino, cuidado y mimado, llevaba una vida regalada en su establo, esperando que los hombres tuviesen necesidad de husmear en las entretelas del cerebro y del corazón de alguno de sus semejantes. Se cogía al presunto culpable, se le llevaba cerca del asno y se le obligaba a

asir con las dos manos la cola del animal. Si el borrico rebuznaba, era una prueba concluyente de culpabilidad. Para no dejar ningún resquicio a la evasión, nuestros astutos antepasados, que tenían una fe ciega en la cola del asno, tenían la precaución de tizar ésta; así quedaba una huella en las manos del sometido a la prueba, que no podía negar que había sido él el causante del revelador rebuzno.

LO QUE SE CONSIGUE CON LOS AROS

El "detector de mentiras" es, naturalmente, un poco más complicado que la "cola de asno". Se basa en un principio muy simple que ya había sido estudiado por el criminalista italiano Lombroso. Según éste, ningún hombre que no fuera un "superclase" de la mentira puede decir deliberadamente un embuste sin que al hacerlo experimente una alteración emocional, que puede traducirse por medio del rubor, de un ligero temblor, del sudor, de palpitaciones o de ansiedad en la respiración. Hay gente que, sin llegar a la "superclase" a que aludimos antes, consiguen disimular perfectamente estas alteraciones emotivas, hasta el punto de desorientar a los expertos. De aquí la necesidad de un aparato dotado de una gran sensibilidad que le permita registrar la más mínima de estas perturbaciones.

Existen diversos tipos de "detectores de mentiras", pero el más usual es el que registra las emociones a través del pulso, de la respiración y del sudor de las manos.

Toda persona sospechosa, según dice mister Elledge, el profesor de Indiana, adopta siempre una actitud de recelo ante sus interrogadores, y cuando éstos operan con el "detector", este recelo aumenta. Afirma Elledge que el 90 por 100 de los casos "tratados" con el aparato investigador han dado un resultado favorable.

LA MUERTE DE UN VIAJANTE

Uno de los más clamorosos éxitos obtenidos con el "detector de mentiras" fué el del caso de un viajante, ocurrido hace poco tiempo. Se trataba de un viajante americano que un día desapareció en circunstancias misteriosas. Poco tiempo después fué detenido un individuo que utilizaba el automóvil del desaparecido. No había ninguna prueba contra él porque el viajante, ni vivo ni muerto, aparecía en parte alguna. La posesión del automóvil era un indicio para sospechar del detenido, pero no una prueba concluyente para acusarle de homicidio, en el mejor de los casos para él. Fué sometido a una serie de interrogatorios, y en todos ellos el detenido observó una actitud enérgica negando rotundamente que hubiese tenido ninguna relación con el viajante desaparecido y explicando el hecho de que el automóvil se encontraba en su poder.

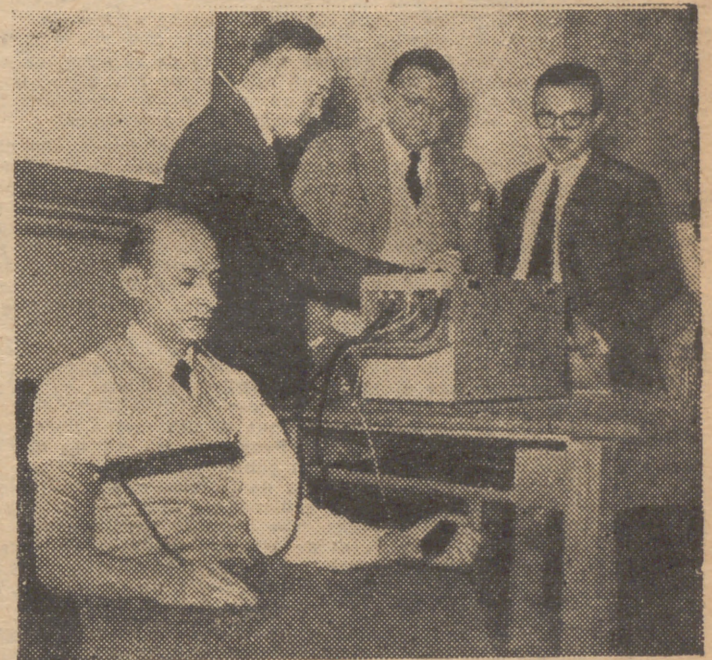
No había el menor motivo para retener al individuo en cuestión,

PUEBLO

Fin de semana

SUPLEMENTO DE LOS SABADOS

MADRID, SABADO 19 DE MAYO DE 1956



Mister Elledge, el técnico americano de la investigación, haciendo una prueba con un "detector de mentiras". La más insignificante alteración en los latidos del corazón o el menor movimiento nervioso de la mano son fielmente registrados por el aparato y reflejados sobre una plana de papel.

ya la Policía había agotado todos los procedimientos normales. En vista de ello, se decidió el empleo del "detector de mentiras". El detenido tenía que ser sometido a una serie de preguntas a las que tenía que contestar simplemente "sí" o "no", y en esta serie de preguntas iba envuelto, en los momentos más inesperados, el nombre del viajante desaparecido y detalles relacionados con su vida privada. Fueron saliendo nombres, y el detenido permaneció imperturbable; sin embargo, al escuchar uno lanzado al azar, el aparato registró una ligera oscilación. Esto era un indicio e indicaba una pista segura a la Policía. Ya lanzados, los agentes le acusaron abiertamente del crimen y describieron las diferentes maneras como le podía haber matado. A todas contestaba el sujeto que no, pero el aparato seguía registrando oscilaciones. Una de las más importantes fué cuando le citaron el nombre de una ciudad como supuesto lugar del crimen. Se trataba de un pueblito. Ya localizado el lugar, se dedicaron a tratar de obtener el sitio donde podía estar escondido el

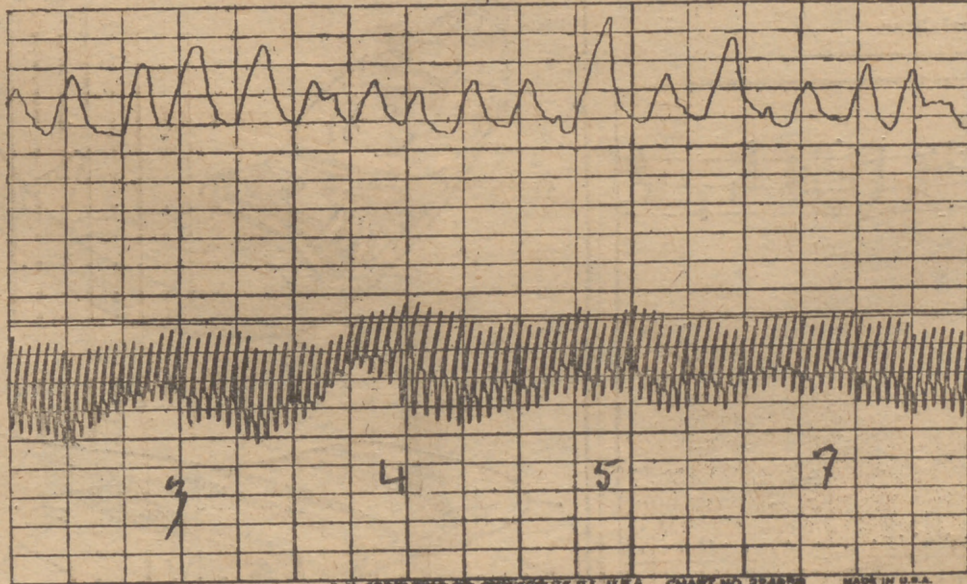
cadáver, y con una paciencia digna del comisario Maigret fueron señalándole sobre un plano todos los rincones del pueblo. Al llegar al cementerio, el aparato registró otra oscilación. A los pocos minutos, la Policía encontró el cadáver y el detenido confesaba de plano.

EL VALOR DE LA CONFIACION

Uno de los problemas más penosos que ha planteado el uso del "detector de mentiras" es la validez de la confesión obtenida por estos medios. ¿Hasta qué punto puede aceptarse como una declaración libremente prestada la obtenida por un medio que los mismos agentes confiesan que impresiona gravemente a los sometidos al experimento?

Como norma general en los Tribunales de justicia, impera la de considerar al "detector" como un valioso auxiliar, pero no como un medio eficaz de acusación. Un fiscal no puede esgrimir una declaración obtenida de esta manera para fundamentar en ella una acusación, ni un Tribunal de Derecho puede considerarla como una prueba concluyente. Al fin y al cabo, es un experimento psicológico con todo el margen de error que estos procedimientos admiten y no se hacen nada más que deducciones de la oscilación de una raya que una aguja va registrando sobre un papel.

Más allá que la actuación de un aparato mecánico y científico, aunque sea impulsado por el propio centro emocional del hombre, podrá ir el recto y científico criterio de un Tribunal enfrentado con un posible delincuente empleando los procedimientos que dictan una mente y un corazón humanos curtidos en la difícil y sagrada tarea de la administración de justicia. Con el "detector" se podrá, quizá, saber si miente una persona, pero, salvo casos claros, no se podrá saber el alcance de esa mentira, ni si ella conduce de una manera ineluctable al descubrimiento de una verdad. Y más, si con el aparato en cuestión se enfrenta una orlatura con la serenidad de la joven de Padova de que les hemos hablado al principio.



Este es un gráfico que recoge las curvas marcadas en el "detector de mentiras" por la declaración de un presunto delincuente. Obsérvese la alteración registrada sobre el número 4, que refleja el momento en que el declarante mintió.

AMOR Y ECONOMIA

A las madres españolas—que son esas señoras gordas que siempre están hablando de lo caro que está todo—les extraña y les irrita que los jóvenes de hoy sean tan reacios a casarse con sus hermosas hijas. Las buenas señoras suelen recordar lo poco que se defendieron sus novios llegada la hora de pedir sus manos y, comparando la buena disposición de aquéllos con las siniestras intenciones de los chicos de hoy, "que lo único que quieren es pasar el rato", suelen suspirar y decir muy serias que "nunca han sido los hombres tan sinvergüenzas como ahora".



Pues bien; las madres españolas son temerarias en su juicio. Las madres españolas hablan a tontas y a locas, ya que pretenden fundamentar su argumento en algo que no es verdad: en el hecho de que las circunstancias no han cambiado. Y, ¡vaya si han cambiado! El tiempo pasa que es un primor, y sobre todo para el amor, y las circunstancias que rodearon sus idilios nunca tan sinvergüenzas como ahora.

No son las mismas que las que hoy cercan y angustian a los chicos esos que no se lanzan a la boda ni a tres tirones.

Expliquémonos; traigamos a colación eso que se llama "economía".

Antaño, cuando un joven se sentía prendado de una señorita de buen ver, el joven no tenía que hacer ningún gasto para declarar a la señorita sus sentimientos, ya que el joven escribía lo que le pasaba en un papel llamado "billetito" y se lo entregaba entre rubores y sofocos a la señorita en cuestión.

Hogaño, cuando un joven se vuelve turulato por una muchacha, el joven, puesto a decirle a la muchacha que está loco por ella, ha de llevar a la chica a merendar tortitas con nata, pepito de ternera, batido de fresa y tarta helada, y también a un cine de estreno. Si no hace esto y declara su pasión entre bocado y bocado y entre Errol Flynn y Marlon Brando, el joven está perdido y su amor será ignorado por la muchacha. Hablar así de amor, señoras madres, cuesta bastantes "billetitos". Pero de los del Banco de España.

Antaño, cuando un joven, ya en relaciones con una señorita, deseaba darle muestras materiales de su amor, el joven podía hacerlo a través de un refresco de azucarillo, de una serenata o de una flor que cogía de cualquier jardín. Ninguna de estas cosas costaba más de diez céntimos.

Hogaño, cuando un joven desea demostrarle a una chica que es su novia, que la quiere hasta a costa de la ruina, el joven la tiene que invitar a cóctel de champán o a whisky con soda, pero poca; puesto a darle una serenata y por mor de las Ordenanzas Municipales, el joven tiene que regalarle a la chica un tocadisco; decidido a obsequiarla con un presente floreal, el joven, gracias al letrero ese de "digaseño con flores", se ve obligado a enviarle un ramo de claveles, con su papel de celofán y toda la pesca. Cosas todas estas, queridas madres de jóvenes casaderas, que cuestan bastante más que diez céntimos; exactamente, un ojo o dos de la cara.

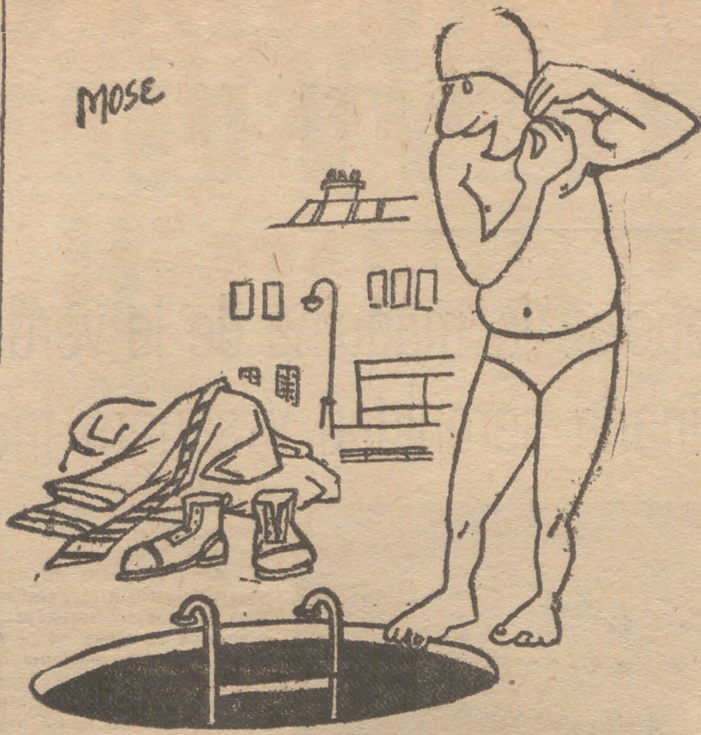
Antaño, cuando dos señoritos enamorados se ponían a hablar de eso que se llama "un pisito", hablaban poco rato; todos los balcones de todas las casas estaban llenos de papeles blancos que querían decir que el piso estaba libre y que costaba 18 pesetas al mes. (Recuerden las madres que entonces todos los caseros eran pobres de pedir limosna.)

Hogaño, cuando una pareja de tórtolos hablan del pisito, pueden pasarse doce años hablando de eso, pues no hay un piso ni para un remedio; doce años de noviazgo ajan a la novia más mona, y no es de extrañar que el novio, enfrentado con una novia que tiene pinta de abuela, enloquezca súbitamente y parta para un largo viaje. Y un largo viaje, aun haciéndolo en tercera, cuesta un montón de dinero.

No hagamos más comparaciones, que si siempre son odiosas, en esta ocasión son francamente repugnantes. Además, con las apuntadas tienen ustedes, queridas y respetadas madres, las suficientes para comprender que un joven en esas circunstancias, por tonto que sea, se da cuenta de que casarse debe ser una cosa carísima, pues si un idilio exige tantos desembolsos, ¿cuántos más exigirá la realización de todas las esperanzas que en el idilio se tienen?

Hala, hala, señoras: invitennos a merendar en sus casas, permitannos que les cojamos las manos castamente a sus hijas y cólmennos de buenos consejos, pero no incurran en la tontería de ponernos un anillo en la nariz. Digo, en el dedo.

Rafael AZCONA



—¿Está fría?—



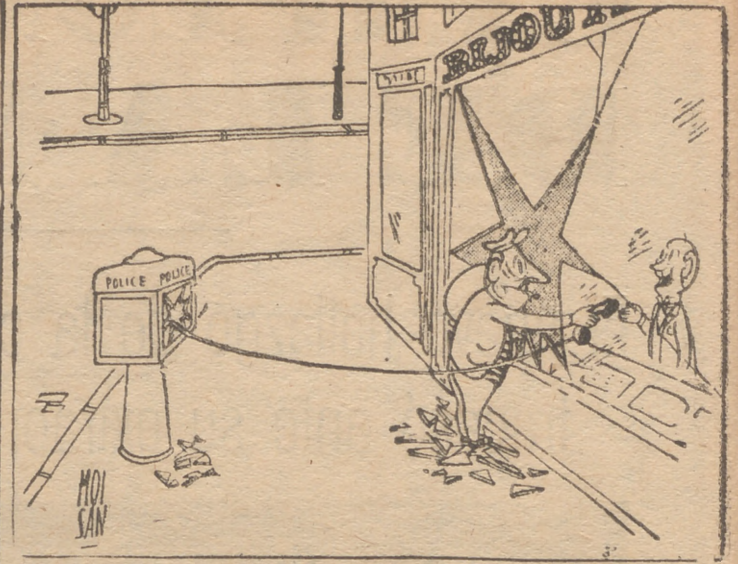
—¡Eh! Traigan para aquí al abuelito y les haré una demostración práctica de mi máquina eléctrica de afeitar.



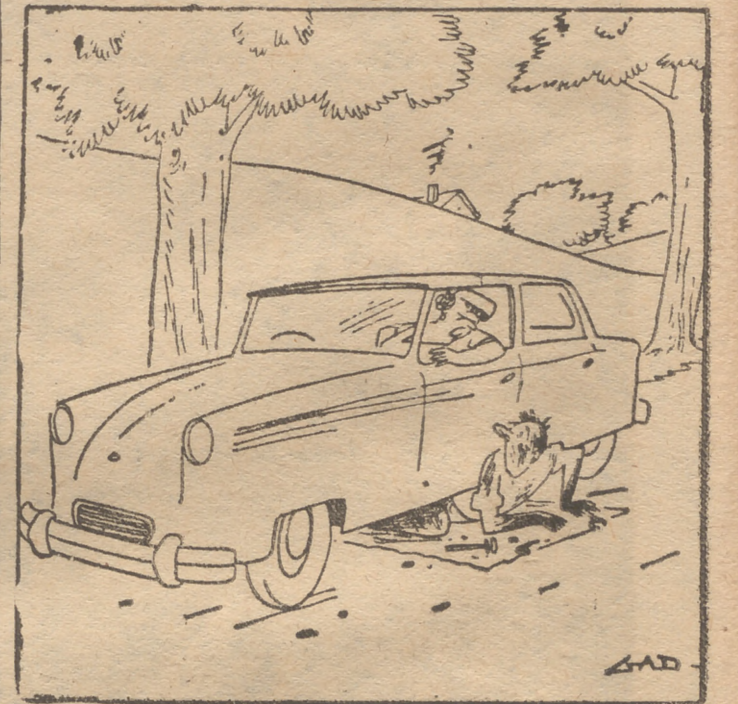
—Pueden ustedes salir...



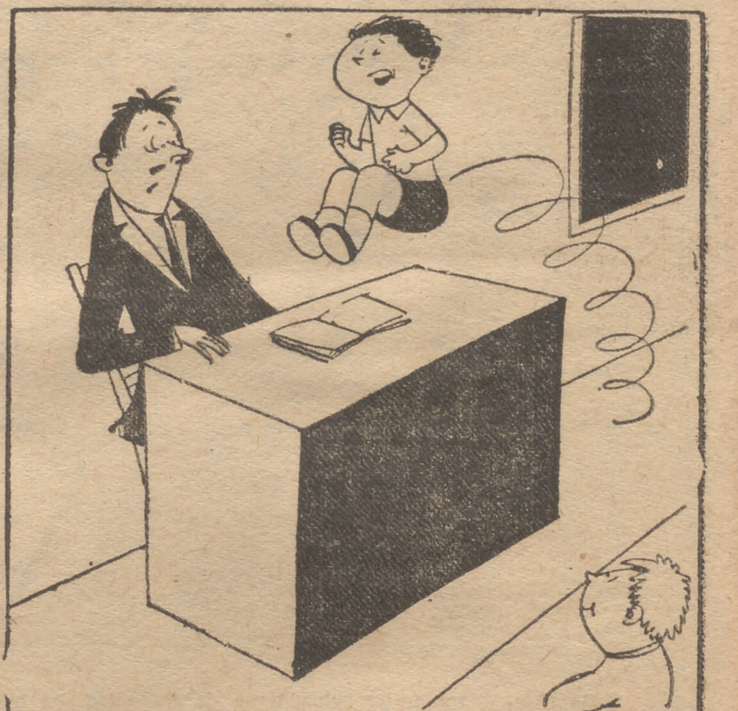
Sin palabras.



--Gracias...



--Nunca sabrás trabajar con limpieza, mi pobre marido...



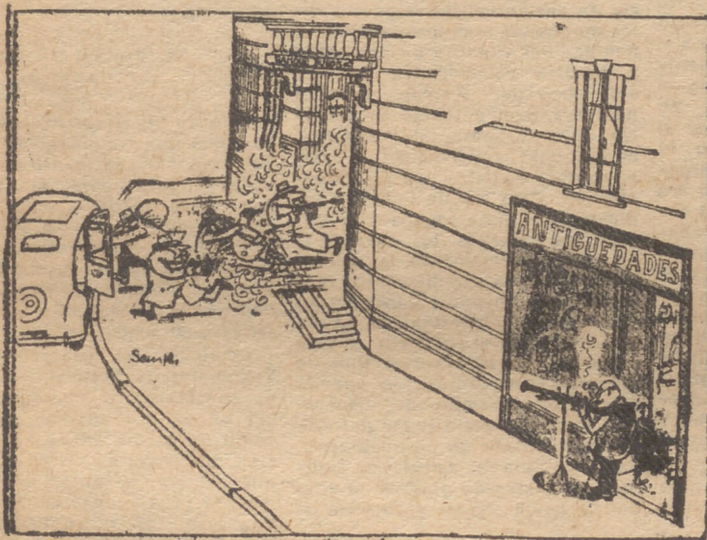
--De acuerdo en que no he estado fuerte en matemáticas, pero va usted a ver en gimnasia...



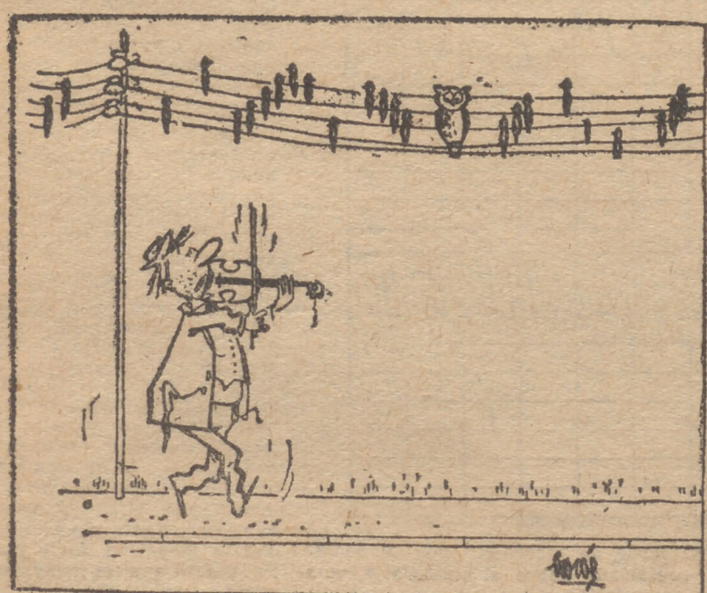
Perplejidad.



¡A la mesa!



Sin palabras.



--¡Caramba! Una nota falsa.

El último amor de Napoleón III

La Emperatriz Eugenia de Montijo trató, en vano, de separar a su esposo de Margarita Bellanger



Eugenia de Montijo

NINGUN soberano, que se sepa, ha sido más veleidoso que Napoleón III. Se llegó a dudar incluso de si Eugenia de Montijo supo mantenerle constantemente enamorado, a pesar de que es un hecho histórico que la honestidad inmaculada de la bella española le obligó a llegar hasta el altar para desposarse con ella. La propia condesa de Castiglione no pudo evanescerse de haberle mantenido largo tiempo en sus redes.

Una sola mujer fue capaz de acapararle durante varios años, y para ello tuvo que hacerse amiga oficial del emperador, y fue Margarita Bellanger. No es que él la amase, pero sí le divertían sus ocurrencias repentinas, sus risas y su animación ardorosa. Se la conocía por el nombre de Margot "la Burlona". Fue, en efecto, el tipo de la favorita imperial en aquel régimen de placeres y de fiestas que marcaron el segundo Imperio.

No se llamaba, en realidad, ni Margarita ni Bellanger, sino Julia Leboeuf, y había nacido en 1840, cerca de Saumon. Muy joven hizo ya su aprendizaje, en Nantes, con un rico negociante. Aparecía bonita y lozana bajo un sombrero de encaje con alas levantadas que dejaban ver su hermosa cabellera rubia y su rostro ingenioso; era esbelta, y sus faldas, claras. Una "modistilla" de la plaza Gaslin con ojos de fuego.

Encantado de su conquista, el comerciante le hablaba de la compra de muebles y hacía proyectos para el porvenir. Julia le dejaba fantasear, pero ya bullía en ella una idea fija: ir a París, donde la vida era tan fácil; los bailes, tan numerosos; los espectáculos, tan divertidos; donde se encontraba todo, en fin. Un buen día, sin decir nada, plantó a su enamorado y se fue a las orillas del Sena, sin dar su dirección y cambiando de nombre, por prudencia: se llamaría Margarita Bellanger. La eterna historia de siempre de estas corzas del segundo Imperio.

Fue en la calle Pigalle donde encontró un pequeño aposento a su gusto; cesaba de ser una "modistilla" nantera para convertirse en una mujer galante parisense, primera etapa de su ascensión hacia la fortuna.

Néstor Roqueplán, que ha hecho un profundo estudio de la

mujer galante, nos enseña que este pequeño ser encantador, elegante y coqueto cuenta siempre con un gran amor en el corazón, que es conocido generalmente por el nombre de Arthur. Pero Arthur no es bastante rico para mantener él solo a una mujer galante con arreglo a la moda y debe multiplicarse en varios Arthur: uno suministra los guantes, otro los sombreros, este el vestido y aquel los muebles. "Esta multiplicidad de Arthur —añade Roqueplán— es una gran seguridad para la mujer galante."

LOS ARTHUR

Así, pues, Margarita Bellanger trajo en seguida de cabeza a varios Arthur. Con uno de ellos conoció el baile de la Opera. Con otro fue a Mabilly, bailando en la sala iluminada con mil focos. Allí conoció a todas las bellezas de la época. En el Château des Fleurs, con otro Arthur, valsó a los compases de la orquesta de Arban. Se la vio aun en la lejana Closserie de las llas, donde con frecuencia engañó al Arthur de semana con un joven que le hablaba de amor.

Todos estos espectáculos tan nuevos para ella enloquecían a la pequeña provinciana, pero nada le ilusionaba tanto como la agitación trepidante, los almacenes iluminados, los cafés famosos, los restaurantes célebres en los cuales entraban todas las noches mujeres vestidas fastuosamente y cubiertas de alhajas, del bulvar. En el café Inglés, en el Tortoni, en la Maison d'Or, sus Arthur le enseñaban a las Annas des Lion, las Barneci, las Leonida Leblanc, las Cora Pearl, cuyas hazañas llenaban la crónica galante de los periódicos. Margarita Bellanger se preguntaba: "¿Por qué no, yo también?" Quería lograr esos mismos puestos a cualquier precio.

Pretendió en primer lugar el teatro, y, haciéndose contratar como figurante en el teatro Beaumarchais, llegó a desempeñar un pequeño papel en una comedia cómica del teatro de la Tour d'Auvergne. Valerosamente entró en escena, pero de pronto se nubló su memoria y el público comenzó a murmurar. Entonces decidió huir del escenario. No tuvo suerte en su intento teatral.

Vuelve al terreno de la galantería y va a ser Gramont-Caderousse quien la va a lanzar.

Gramont-Caderousse ha perdido ya más de dos millones al juego y sigue tirando el dinero a voleo. Una noche, cenando, da cincuenta mil francos a la muchacha que mejor ha cantado una canción. Monta en las carreras de Chantilly, interviene en los cotilleos de las Tullerías. Se ha batido varias veces y de la disipación de su vida ha adquirido una enfermedad pulmonar que hace que sus días estén contados. Los acabará más tarde en compañía de Hortensia Schneider.

Por el momento pertenece a Margarita Bellanger, a la que ha bautizado con el nombre que antes dijimos: Margot "la Burlona". Con él, en fin, va a conocer la vida trepidante del bulvar, para convertirse en la mujer galante de moda, de la que hablan todos los periódicos. Instalada en un bello departamento de la calle Tronchet que él ha amueblado lleva una existencia alegre y fastuosa. Se la ve en todas partes donde bulle el lujo y habla en el café nada menos que con el príncipe de Orange, a quien Gramont-Caderousse llama el príncipe "Citron".

UNA TORMENTA HACE SU FORTUNA

¿Cómo la ha conocido Napoleón III? Las leyendas varían a este propósito, pero la más verosímil es la que ha adoptado la mayor parte de los que han escrito sobre los secretos del segundo Imperio, y es la siguiente: Margarita se paseaba sola, a pie, en un hermoso día de verano por el parque de Saint Cloud, cuando de repente el cielo se cubrió, estallando una tormenta y cayendo el agua a torrentes.

En este momento desembocaba de una avenida un coche con lacayo de librea oro y verde, conducido por un hombre en el cual reconoció Margarita inmediatamente al emperador. Este, viéndola de lejos mojada y transida, con gesto de hombre galante, cogió la manta que le cubría las rodillas y la arrojó a la joven al pasar.

Margarita había alquilado este año una villa no lejos del castillo y es posible que tan admirador de mujeres bonitas como el emperador reconociese a la joven. En todo caso, Margarita no quiso dejar pasar semejante ocasión de intentar su suerte. Las aventuras galantes del emperador le

eran bien conocidas, por haberlas evocado ante ella sus amigos del café Inglés y de Tortoni.

A la mañana siguiente, portadora de la preciosa manta sobre la cual destacaba una N con la corona imperial, se presentó en el castillo.

El ayudante de campo le exigió la tarjeta de audiencia, pero ella dijo que deseaba entregar inmediatamente a Su Majestad un objeto que él la había confiado.

En las Tullerías no se la hubiera recibido, pero en Saint-Cloud Napoleón se consideraba como en vacaciones, y cuando no tenía Consejo de Ministros pasaba las mañanas paseándose por el pequeño jardín que precedía al parque. En el fondo, el emperador se aburría. El anuncio de una visitante desconocida excitó la curiosidad. Margarita Bellanger entró triunfalmente en el gabinete de Su Majestad.

Al día siguiente Napoleón confiaba a sus confidentes el nuevo asunto de amor que venía a añadirse al de tantas mujeres, y algunos días más tarde, en un pequeño hotel de la calle del Bac, próximo al bulevar Saint-Germain, se entrevistaban a solas Margarita y Napoleón.

LA EMPERATRIZ EUGENIA SE ENFRENTA CON SU MARIDO

La emperatriz no tardó en conocer los amores de su esposo, y su indignación ocasionó nuevas escenas, más violentas aún que en el caso de madame de Castiglione.

Pero Napoleón estaba tan enamorado de Margarita Bellanger que exigía su presencia allí donde él se desplazase: en Biarritz, en Plombières o en Vichy. En estos lugares el emperador vivía con un burgués apacible paseándose por el parque en compañía de uno de sus oficiales, y Margarita se instalaba en un chalet próximo al suyo. Después le acompañaba la emperatriz, no modificaba en nada las costumbres de su marido, sino era que Su Majestad hacía más breves sus apariciones en el chalet de Margarita.

Una mañana en la que Napoleón y Eugenia se paseaban por el parque, un perro soberbio se acercó ladrando a legítima hasta el emperador, y algunos



Margarita Bellanger.



Napoleón III

metros detrás, una joven se esforzaba en vano en sujetar al animal.

La emperatriz vió la escena y reconoció a la mujer que se apresuraba a retirarse con su perro. —Regresemos—dijo la emperatriz.

Cuando se encontraron en el chalet imperial, la emperatriz exclamó:

—Me habéis hecho la afrenta de traer aquí a vuestra amante, esta mujer que no se sabe dónde la habéis recogido.

—Vamos, calma, Eugenia.

No; ella no se calmaba, sino que le diría todo lo que pensaba sobre su conducta, sobre sus devaneos con unas y con otras, y la emperatriz enumeraba mujeres de mundo, actrices, aventureras... Jamás la emperatriz Eugenia hizo tan violenta escena. Toda la casa la oyó, y aquella misma noche salió para París.

A medida que el tiempo pasaba se resentía la salud del emperador. A mediados del verano siguiente, al salir de casa de Margarita fue presa de un síncope. La emperatriz llamó en seguida a Mocquard, confidente de Napoleón.

—Acompañadme, vamos a casa de Margarita Bellanger.

—¿Cómo?

—Os lo ordeno, quiero verla.

Al llegar a la casa, dijo a la camarera:

—Rogad a la señorita que baje. Soy la emperatriz.

—Señorita—le dijo Eugenia—, estáis matando al emperador. Si le tenéis algún afecto, cesad de verle. Es para él una cuestión de vida o muerte.

Margarita, sollozando y echándose a los pies de la soberana, le prometió lo que ella deseaba.

Dos horas más tarde, ya en las Tullerías, la emperatriz rogó a su marido que rompiera esta cadena, y como él, siguiendo su costumbre, divagase, Eugenia replicó:

—Puesto que ella no se va, soy yo quien me marchó.

V, en efecto, en aquella misma semana Eugenia, pretextando espasmos nerviosos, se fue a hacer una cura a Schwalbach, en Alemania.

Volvió al cabo de un mes, después de haber recibido numerosas cartas y telegramas de Napoleón, deseoso de reconciliarse con su esposa. Pero todo no fue más que una comedia. Eugenia comprendió que su marido era incorregible y decidió romper las relaciones matrimoniales.

"En lo sucesivo ya no hay Eugenia—escribía Meimée a su amigo Panazzi—, ya no hay más que la emperatriz." Ella misma confiaba a Walewska: "Ahora que él ha descendido a esta crápula, ya no puedo soportarle."

Sin embargo, las relaciones del emperador con Margarita Bellanger siguieron de tal suerte que el 24 de febrero de 1864 Margot daba a luz un hijo, Carlos. En la alcaldía, los testigos—uno de ellos el pintor Guisant—afirmaron ignorar el nombre y domicilio de la madre. Había nacido de "padres desconocidos".

Este natalicio no inquietó solamente a la emperatriz, sino que el propio Napoleón temió que en el porvenir este acontecimiento pudiera crear dificultades al príncipe imperial o ejercerse un chantaje sobre la familia. Fue entonces cuando Napoleón decidió romper con Margarita, pero después de haber obtenido de

ella una carta en la que declaraba que lo había engañado y que el niño era de otro, de M. Deunne, primer presidente del Tribunal de Apelación del Sena, que fue el encargado de esta delicada negociación.

Margarita Bellanger pudo asistir sin temor al derrumbamiento del Imperio; había hecho fortuna y adquirió un hermoso hotel en la avenida de Friedland. También poseía un castillo en Dammarville, donde residía la mayor parte del año.

Más tarde, Margarita casó con un prusiano llamado Kulbach, y murió el 23 de diciembre de 1888. En cuanto a su hijo Carlos, que tomó el apellido de su madre, Leboeuf, consiguió una renta del Tesoro que no le interrumpió la III República acaso por intervención de Gambetta. Murió sin sucesión, en Passy.

Una compañía aseguradora alemana ha creado pólizas especiales para los desmembrados que pierden los paraguas. Esta entidad está llevando a cabo una importante campaña de Prensa para atraerse clientes. Uno de sus principales reclamos lo constituye la cifra anual de pérdida de paraguas: 20.000.

Presenciado en la esquina de la calle de Menéndez y Pelayo, esquina a O'Donnell. Un muchacho que conducía un vehículo a pedal para el reparto de leche tuvo la mala suerte de volcar todo "el género" al calcular con poco acierto una maniobra. Un señor que presenció el desgraciado accidente tomó su sombrero y depositando en el cinco pesetas se dirigió a los curiosos pidiendo contribuyeran a remediar la catástrofe, impidiendo así que el muchacho perdiera su empleo. Cuando hubo reunido una buena cantidad, la entregó al chico, que la recibió emocionado, despidiéndose de él con unas paternales palmaditas en el cogote y reanudando su camino con gran aire de satisfacción.

Esto no tendría otro carácter que el de una humanitarísima acción si nosotros desconociéramos un detalle importantísimo: el caballero en cuestión era el dueño de la lechería donde el muchacho presta sus no muy afortunados servicios.

Una empresa cinematográfica estadounidense rodaba en Alemania una película sobre la pasada guerra mundial. Para interpretar varias escenas en las que intervenían soldados y oficiales de la Wehrmacht contrataron los servicios de un centenar de "extranjeros" alemanes. Cuentan que al día siguiente de haberse repartido los uniformes, los que habían sido elegidos para encarnar jefes y oficiales del antiguo Ejército del III Reich solicitaron del jefe de producción que se les habilitara una mesa especial... para no comer reunidos con "la tropa".

DE 1.500 A 1.800 PESETAS CUESTA UN EQUIPO DE PRIMERA COMUNION

Por **SESENTA PESETAS** se pueden alquilar unos **LINDOS VESTIDOS**

El organdí más barato: treinta y seis pesetas



Cientos de niñas y niños hacen en estos días su Primera Comunión.

OTRA vez mayo..., y otra vez las preocupaciones maternas económico-financieras-artísticas: dos niños dispuestos a hacer este año su primera comunión, y un sueldo al mes de 3.000 pesetas. La familia en pleno se reúne en junta. —Yo creo que sale más barato haciéndoles el traje en casa —opina la mamá.



Después de la ceremonia no puede faltar el momento de la fotografía.

—Sí, ¿pero qué dirán los vecinos...?, ellos que se gastaron tanto el año pasado en sus hijos. No puede ser— opone la hermana mayor—. Hay que buscar otra solución.

El padre interviene tímidamente:

—¿Y si los alquilásemos?

—¡Qué barbaridad! ¡Pobres hijos míos!—gimotea la madre—. ¡Mal padre!

El aludido, consternado por la reacción materna, trata de suavizar la impresión:

—Si, mujer; si los hay muy bonitos y... nuevos además. Me han dicho que por sesenta pesetas...

No le dejan terminar: —¡De ninguna de las maneras! Prefiero estar todo el mes a plato único antes de que mis hijos no tengan su traje de primera comunión.

El padre, desesperado, se retira después de murmurar por lo bajo que él sólo tiene 3.000 pesetas, que necesita fumar y tomar mantequilla en el desayuno.

DE COMPRAS

La madre y la hija mayor sacan de compras. Contemplan escaparates y se miran entristecidas.

NO ES DE TRAPO



Todos los niños del mundo adoran a los ositos de trapo, tiran de ellos por el pasillo, los arrastran sobre la alfombra, les muerden en las orejas y en ocasiones hasta los tiran por la ventana; pero la princesa Ana de Inglaterra es propietaria de este oso de carne y hueso, de nombre "Nikki", que ha sido captado por el fotógrafo, haciendo circo en honor de las flores del parque de Windsor.



También para los niños negros el día de la Primera Comunión es el más feliz de sus vidas.

—Organdí suizo liso de 90 centímetros de ancho, 36,50 pesetas... ¡Ni para empezar!

—¿Y una organza?

—De 80 centímetros, 24,75.

—No merece la pena!

—¿Y si lo hicéramos de glase?

—¡Es tan feo!... Además, cuesta 55 pesetas.

Miran y miran todo. Lápiz en ristre, apuntan cantidades y suman.

—Vamos a ver... En la tienda de enfrente he visto unos trajes de 300 pesetas, sin velo, que no están mal. El velo puede ser de tul... El más barato me parece que cuesta otras 300 pesetas.

—Ya son 600—comenta la niña.

—Sí, 600. Ahora falta la limosnera..., 60 pesetas... La diadema, 67 pesetas..., el ramito...

—El ramito es muy caro.

—Si; pero no queda más remedio que comprarlo; si no, nos llamarán roñosos.

—Podemos hacerlo de flores naturales—sugiere la niña—. Seguro que resulta más barato.

—Luego, el libro—prosigue la mamá—. Los he visto por 13,25, y el rosario por 10.

PRIMER DEFALLECIMIENTO

La niña, de repente, exclama asustada:

—¿Has pensado en la ropa interior... y en los guantes..., zapatos..., recordatorios?

La madre se siente desfallecer... Además, falta el niño... Para él no habían pensado aún en nada.

Decididamente, habrá que alquilar los trajes.

UN TRAJE DE COMUNION BARATO

—¿Cuánto cuesta un equipo de comunión para niño?

—Caro, caro..., siempre más bien caro.

Ahora que se ha puesto de moda el que los niños vayan vestidos de almirantes de gran gala, de príncipes reinantes y de comandadores, el presupuesto ha subido.

El sencillito marinero ha caído casi en desuso, y, sin embargo, es el más barato.

En los comercios se pueden encontrar todavía por 500 pesetas en azul o blanco.

Las galas y perifoneos alcanzan precios astronómicos. Un traje de este tipo cuesta, aproximadamente, 770 pesetas. Hay que añadir después 175 pesetas de la gorra, 215 de las charreteras sencillas o 350 de las llamadas "extras".

Los cordones de hilillos de oro se cotizan a 90 pesetas. Los lazos bordados, a 100 pesetas. Los guantes "super", 39 pesetas.

LOS DETALLES Y LA ROPA INTERIOR

Los recordatorios son baratos. En medio de tantos cientos de

el "Debe" su discreta cantidad.

Las estampas más baratas cuestan 30 céntimos, y las más caras, a cinco pesetas.

La inscripción en letras de oro, 25 pesetas. En negro, 12,50.

El equipo completo de ropa interior se puede conseguir por 80 o 90 pesetas. Aparte las camisetas de lujo, los tirantes, los gemelos, los cinturones, los pañuelos...

SUMA Y SIGUE

¿En total? De 1.500 a 1.800 pesetas cuesta un equipo completo de comunión para niño o niña.

—¿Y el banquete?

Hasta aquí el presupuesto familiar, pese al desnivel, se mantenía. Claro que hay que contar que el padre había pedido un adelanto, que se ha quedado sin el cupo diario de cigarrillos y que la mantequilla del desayuno se ha convertido en margarina.

—¿Y el banquete?—se oye repetir.

—Nada de banquete—protesta el padre; un cafetito con leche y un bollo.

—Si; pero hay que convidar a las amistades.

—Las amistades son tres: tú, yo y los hermanos—declara enérgico el padre.

Nueva linterna materna, sofocón, suspiros... Y al final el padre, ¿cómo no!, cede. El traje de verano queda aplazado para el año que viene, a cambio de tortitas con nata, bombones y vasos de leche para los posposamente llamados invitados.

EL REGALITO

Después del sofocón del banquete llega el del regalo:

—Lo mejor para el niño es un reloj... Para la niña, unos pendientes.

—Pues no sé de dónde vas a sacar el dinero para comprarlo —vuélve a decir el padre.

—Pues a plazos—soluciona la madre.

—¿A plazos? ¡Pero si ya tenemos tu abrigo, la nevera, la cama-mueble!... —enumera alborotado el pobre señor.

—Bueno, ¿y qué? No vas a ser tan roñoso como para dejar a tus hijos el día de su comunión... ¿oyes bien? ¡El día de su comunión!—repite, sin regalo.

Al mes siguiente ya se sabe. Junto con el recibo del abrigo, de la nevera, de la cama-mueble, aparece el del reloj y el de los pendientes.

María Pura RAMOS



Modelito de Primera Comunión, que tanto gusta a las mamás de las niñas.



Un lindo modelo de traje de chaqueta, confeccionado en tonos claros, deportivo, sencillo y elegantísimo

ME escribe una simpática lectora atacada de "complejo de mesa"; dirán ustedes que de qué manga me he sacado yo tan extraño complejo. Se trata, sencillamente, de una muchacha que ha vivido siempre en su pueblín, que se considera bastante bien educada, pero que acaba de avecinarse con su familia en una gran capital, donde hace bastante vida de sociedad y donde se encuentra algunas veces atacada de ese complejo al que hago alusión: "Siempre me parece que estoy haciendo el ridículo por mi forma de coger el tenedor o de servirme las salsas."

A su primera pregunta sobre cuál es el número aproximado de comensales que deben reunirse en torno a una mesa "inteligentemente ordenada por el ama de

casa", le contestaré con la fórmula numérica que empleaba mi abuela y que decía: "Más que las gracias—tres—y menos que las musas—nueve—", porque, según ella, una mesa con tres personas crea extraños islotes en la conversación muy poco gratos para el visitante, y una mesa con más de nueve invitados obliga a desagradables allos en la charla para explicar a los de una esquina de la mesa por qué se rien los del extremo opuesto.

Y vamos ahora con media docena de reglas imprescindibles y sencillísimas:

Primera. Las señoras no se sientan hasta que lo haya hecho la de más categoría o la dueña de la casa, y esperarán a que el caballero que tenga a su lado la

Más que las gracias y menos que las musas

Reglas imprescindibles a la hora de comer

asista empujando la silla suavemente.

Segunda. Sentados con naturalidad y sin meter el codo en el estómago del vecino, se pondrá la servilleta sobre las rodillas y se tomarán los cubiertos con gracia, como agradables "ayudas", y no como si se tratase de un martillo o un serrucho. En el cuchillo, el dedo índice no debe apoyarse jamás en el filo, solamente en el mango. Si existe algún accesorio desconocido, cuyo empleo no se conoce bien, se espera, "distráida", hablando agradablemente con el vecino, hasta que algún comensal más enterado lo emplea ajustadamente. Si se considera demasiado difícil el tinglado o se comete alguna ligera equivocación, no hay que descomponerse y se debe salir del lance con naturalidad.

Tercera. ¡Los ruidos! Esa es la incorrección mayor que puede cometer una persona en la mesa: esos horribles ruidos al sorber la sopa, al masticar con la boca abierta, al chupar... Aunque parezca mentira, todavía existen gentes capaces de proporcionar estos espantosos conciertos a sus compañeros de mesa.

Cuarta. No se comienza a comer cada plato mientras no estén servidos todos los comensales, o, si son muchos, hasta que no haya iniciado el plato la dueña de la casa o las personalidades que presiden la comida. No se usa jamás el cuchillo para llevarlo a la boca. ¡Jamás! No se emplea el cuchillo para cortar comestibles que no necesitan de su esfuerzo, como son el pan, el plátano, los espárragos, la tortilla, etc., etc. Tampoco deben usarse los cubiertos para "señalar" o para gesticular "contra" el comensal que se sienta delante de nosotros.

Quinta. Los cubiertos se dejarán después de cada plato, juntos, apoyados los mangos en el borde del plato, a la derecha, para facilitar la retirada del servicio por la izquierda.

Sexta. Si se encuentra algún cuerpo extraño en la comida, o una deficiencia cualquiera, debe emplearse la imaginación para que el plato sea retirado con algún explicable pretexto. No se empleará jamás el mondadientes; se esperará pacientemente a que retiren el servicio, y se permanecerá sentado a la mesa hasta que la presidencia o la dueña de la casa se levante.

A, ANTE, BAJO, CABE... LA CHARLA

Una persona bien educada, por muy glotona que sea, debe dejar bien sentada la sensación de que se ha reunido con sus amigos por el placer de charlar con ellos, y no por el menos espiritual de gustar de su cocina; no obstante, debe saber alabar discretamente pero eficazmente todos los platos.

Las personas muy tímidas y poco brillantes en sociedad deben llevarse aprendido un pequeño programa a las comidas; es suficiente con recordar un par de anécdotas graciosas, algunos chistes o chismes de moda, y hacer un repaso de los temas de actualidad más palpitante, que normalmente saldrán a la charla, y sería imperdonable nos cogieran

Dos amigos discuten sobre los conceptos de capital y trabajo.

—Muy sencillo—dice uno de ellos—. Tú, por ejemplo, me prestas cinco mil pesetas. Este es el capital.

—Bien. ¿Y el trabajo? —El trabajo es tu esfuerzo para que te las devuelva...

Un médico entrega su automóvil a un mecánico para que lleve a cabo en él determinada reparación. Terminado su trabajo, el operario presenta al galeno la factura.

—¡Qué desfachatez! —ruge el dueño del coche—. ¡Cree usted normal una cuenta semejante por un trabajo de tan poca importancia! ¡Ganará usted mucho más que nosotros a pesar de no haber tenido que pasarse una buena parte de la vida en la Universidad!

—Puede ser—responde el mecánico—. Pero tenga en cuenta que lo mío tiene más mérito. Desde que el mundo es mundo, ustedes trabajan sobre el mismo modelo. Nosotros cada año tenemos que tratar con un modelo nuevo.

absolutamente ayunos sobre el particular. A los comensales masculinos es suficiente con llevarles al tema en el que se les sabe más fuertes; ellos hablarán y hablarán y dejarán a las damas libres para sonreír simplemente y poner esa agradable y triunfante cara de asombro ante la genialidad del caballero. Los hombres, igualmente, han de procurar que la charla se deslice hacia terreno conocido para poder lucirse en ella con ese aire encantador de "última palabra" que tanto les favorece ante las damas que están pensando para su colete:

—Ya está Rodríguez explicándonos otra vez su viaje a Londres.

—Sonríamos: ya está Fernández contando sus aventuras heroicas de pescador de caña.

—Disimulemos; ya está Pérez relatando sus impresionantes jugadas de Bolsa.

—Conformémonos; ya está González repitiendo lo riquísimo que ha resultado ser su yerno.

Las mujeres—afortunadamente para los hombres—poseemos una impresionante experiencia para disimular estas ideas molestas que se nos atraviesan por las senderrillas del cerebro tres de cada cuatro veces que tratamos con ilustres Rodríguezes, Fernándezes, Pérezes y Gonzálezes.

Pilar NARVION



Si su silueta es perfecta, le aconsejamos este modelo veraniego, excepcionalmente apropiado cuando se posee una figura como la de esta señorita

DE MUJER A MUJER

CONTESTACION A EMY-PAQUI

Siento, se lo aseguro, decepcionarla con mi respuesta; pero comprenderá, querida, que hay

cosas que son constitucionales en el individuo y de nada sirven pruebas, tratamientos, etc. Una persona con las piernas cortas y ya desarrollada será inútil siempre que intente hacerlas crecer. Otra con los dedos pequeños, como su amiga, vera que son vanos sus esfuerzos para que le ganen en longitud. Deben ustedes conformarse, hijitas, y pensar que perfectos físicos y moralmente no lo somos nadie. Quien tiene las piernas largas, proporcionadas, quizá tiene también una nariz chata, del todo antilestética, y quien unas manos hermosísimas, unas orejas a lo asnilo, horripilantes. Procuren, tanto usted como su amigueta, acentuar sus otros rasgos bellos y pasarán inadvertidos sus defectos. Usted use zapatos de tacón muy alto y el escote de los mismos siempre muy grande, para que al verse mucho pie se tenga la sensación de que la pierna es más larga.

Su amigueta, que se culde las manos, para tenerlas blancas y finas, y que procure llevar las uñas más bien largas, pintadas de tonos muy claros.

Muy apreciada Nuria María: Como veo ha sido usted muy inteligente al aconsejar a mis primas, que le están agradecidísimas, me decido a consultarle lo mío, para que me diga qué debo hacer. Tengo veintitrés años y, hasta hace pocos meses, no supe lo que era un pretendiente, porque procuré apartarme de los chicos, consciente de las dificultades que para mi entrañaría el tener novio. Pero hace cinco meses que tengo novio, porque al amor no se le puede dar esquinazo cuando te ataca por sorpresa, y pudiendo yo ser feliz, porque mi novio es el hombre mejor del mundo, soy muy desgraciada y no hay noche que no me pase un buen rato llorando. Mi novio tiene veintinueve años, una buena carrera que ejerce con provecho, una sólida posición y su familia, que son gente magnífica, me aprecia mucho. El es bueno, generoso, muy religioso y trabajador y, además, muy delicado y discreto. Pues bien, con

todas estas cualidades sé que no le querrán en mi casa. Mejor dicho, mi padre, que es muy bueno, no se opondrá; pero mamá... No quiero decir que sea mala, pero tiene un carácter feroz, de los que no permite que se haga nada que a ella no le guste. Y ella no quiere que me case. Se lo he oído infinidad de veces y por eso rehú el trato de los chicos. Hay una causa. Tengo una hermanita que la pobrecita, a causa de una meningitis, quedó con las facultades mentales perturbadas. No es que sea loca, sino que no es normal. Tiene diecisiete años, pero es como si tuviera cuatro, y aunque se sabe vestir y peinarse, luego queda sentada en una silla junto al balcón y es como un objeto más que respira, come y duerme. Por si fuera poco, es cojita. Por ella es por lo que mi madre no quiere que me case. Dice que no puedo abandonarla, que tengo que sacrificarme, porque cuando mi madre falte, mi marido no querrá a la niña siendo un estorbo. Que demostraré caer de corazón si por mi hermana no renuncio y nunca me perdonará mi egoísmo el trato de contradecirla. Señora Nuria María, sabiendo lo que sufre mi madre con el estado de mi hermana, ¿cómo voy a decirle que me he enamorado y que quiero casarme? Hace cinco meses que me oculto como si cometiera un pecado cuando salgo con mi novio; que lucho contra el deseo de este de hablar con mis padres, porque quiere casarse antes de que finalice el año; que me paso las horas en vela buscando una solución. Mi novio está dispuesto a que nos llevemos a mi hermana el mismo día de la boda. Dice que es justo que nos hagamos cargo de ella, y que si él tuviera un hermano así, querría también que yo lo aceptara en nuestro hogar. Pero señora, ¿no creerá mi madre que son sólo palabras, promesas que no cumplirá cuando ella falte? ¿Cree usted que para que haya paz en mi hogar debo sacrificarme?

Agradecidísima, LUCIA



Modelo de traje sastre en hilo blanco, rayado negro, creación de Schavarelli para nuestras lectoras.

CRISTAL SOUND SYSTEM



MADRID: Avenida José Antonio, 27 - BARCELONA: Caspe, 42 Dirección telegráfica: TUNGSRAM

El clima español es muy veleidoso, y en ningún ropero estival pueden faltar chaquetitas como la que presentamos a nuestras lectoras para las noches fresquitas de verano



TRAS LA PUERTA CERRADA

BY ELLERY QUEEN

—Karen es una desterrada.
—Dicen que jamás abandona su casa, ni siquiera para pasar fuera de ella un fin de semana. Siempre está en sus habitaciones o en el jardín.
—Es la pura verdad.
—La señorita Leith me trae a la memoria a Emily Dickson. Casi juraría que alguna tragedia proyecta una sombra sobre su vida.
El doctor se volvió para mirar de hito en hito a Ellery.
—¿Qué le induce a suponerlo?—preguntó.
—Ah, ah! ¿Habrá acertado por casualidad?
El doctor volvió la cabeza sobre el almohadón y encendió un cigarrillo.
—Sí. Hay un acontecimiento trágico... ya antiguo.
—¿Un drama de familia?—preguntó Ellery, llevado por la natural curiosidad.
—Una hermana de Karen, Esther... y el sabio se detuvo para continuar, después de una breve pausa: Conoció a las dos en el Japón, en mil novecientos breves, unos meses antes de la guerra.
—¿Dice usted que se trata de un drama de familia?—volvió a preguntar Ellery, para animarlo a proseguir.
Con un brusco ademán el doctor Mac Clure se llevó el cigarrillo a la boca.
—Sí, no le parece mal, señor Queen, detengámonos aquí.
—Perdone.
Hubo una penosa pausa, y Ellery preguntó por fin:
—¿A qué se debió que le otorgasen el Gran Premio Internacional, doctor? Como las cuestiones científicas no son cosa de mi especialidad, me gustaría mucho que...
La fisonomía del sabio se iluminó.
—Sus mismas palabras confirman lo que decía hace unos minutos. Todos ustedes son iguales.
—Bien, pero...
—¡Oh! La recompensa concedida a mis trabajos es muy prematura. Continuando los trabajos de Warburg, de mién, relativos a la influencia que ejercen ciertas enzimas sobre los procesos de oxidación en las células vivas, he hallado un campo de investigaciones que parece interesante. Los primeros resultados obtenidos son alentadores, pero no puedo afirmar más por el momento.
—Creía que el cáncer era de origen microbiano.
—¿Qué disparate! ¿Quién demonios le ha metido en la cabeza semejante idea? ¿Origen microbiano! [Las cosas que se oyen]

Ellery bajó la cabeza bajo el peso de tan aplastante desprecio.
—De manera que... ¿no es nada de eso?
—Está usted singularmente atrasado de noticias, Queen—continuó el sabio, con tono de irritación—. Hace veinte años que descartamos la teoría microbiana del cáncer, en la época en que tenía yo toda clase de pretensiones y ninguna competencia. Algunos de mis colegas están haciendo ensayos actualmente con las hormonas... Nada me sorprendería que todos fuésemos a parar al mismo punto.
Un camarero se detuvo ante los dos hombres.
—¿El doctor Mac Clure? Lo llaman por teléfono desde Nueva York, señor.
El doctor se levantó con rapidez, frunciendo nuevamente el ceño.
—Permitame—dijo a Ellery—. Sin duda es mi hija.
—¿Puedo acompañarlo?—preguntó Ellery, levantándose a su vez—. Tengo que hablarle al comisario.
Siguió al camarero hasta el vestíbulo de la primera clase. El doctor Mac Clure entró rápidamente en la cabina telefónica, provista de cristales, y Ellery tomó asiento, en espera de que el comisario hubiese concluido de apaciguar a una pasajera, en apariencia excitadísima. Desde su sitio le era fácil observar lo que ocurría en la cabina. El gigante parecía presa de una evidente preocupación. ¿Sería aquella inquietud la verdadera causa de su deplorable estado de salud, atribuida por él a un exceso de trabajo? Formulábase Ellery esta pregunta, cuando lo vio levantarse de un salto. Luego esperó en absoluta inmovilidad.
Establecida la comunicación, el doctor Mac Clure habló. Ellery advirtió que se ponía rígido en su silla y que oprimía el aparato con un ademán convulsivo. Palideció de un modo aterrador, y su enorme cuerpo se desplomó, como el de un hombre herido de muerte.



zados del doctor contemplaron a Queen sin verlo... ¿Quién telefonó?
—¡Oh!—balbuceó el doctor Mac Clure—. ¡Oh, sí! La Pollita de Nueva York.

Un reloj dió las cuatro y media. Eva se estiró, bostezando. La novela que había cogido al azar era muy aburrida... Pero era posible que no lo fuese. La justicia ante todo: el libro tal vez fuera interesante, pero ella se sentía incapaz de coordinar dos frases. Demasiados pensamientos bullían en su cerebro: el matrimonio, la luna de miel, la futura casa, el mobiliario, tantas cosas!
Si Karen tenía aún por mucho rato, lo mejor sería descabezar un sueficcio. Eva adoptó una postura más cómoda.
De pronto sonó el teléfono en la habitación vecina.
Eva lo oyó amodorrada, entreabiertos los labios por una sonrisa de felicidad.
—¿Cómo es eso?—pensó, incorporándose y con los ojos fijos en la puerta de comunicación—. El receptor está puesto encima del escritorio de Karen, al alcance de su mano, cuando trabaja.
¿Estaría Karen durmiendo la siesta? Pero la llamada la habría despertado. ¿Estaría escribiendo en su viejo granero misterioso? Entonces...
Tal vez Karen ignoraba voluntariamente la llamada telefónica. ¿Sería muy capaz! Una severa consigna prohibía que la molestasen bajo ningún concepto mientras se hallaba entregada a su labor. Si a Karen no se le antojaba responder, era, después de todo, asunto suyo.
Eva volvió a recostarse sobre los almohadones, y el timbre del teléfono volvió a sonar.
Un repentino pensamiento hirió el ánimo de la joven. Volvió a incorporarse repentinamente alarmada. Kinumé le había dicho que su ama estaba escribiendo. Pero ¿qué escribía? ¿Kinumé le había llevado una hoja de papel de cartas y un sobre? Por lo tanto, Karen no había comenzado otra novela, sino una carta. Siendo así, ¿por qué no contestaba al teléfono?
Sonó éste una vez más y calló definitivamente.
Eva se levantó y corrió a la puerta de comunicación. ¿Algo debía ocurrirle a Karen! Kinumé había dicho que no se encontraba bien. Por otra parte, Eva le había notado muy mal semblante la última vez que estuvo a visitarla. ¿Habrá sufrido Karen algún ataque? ¿Estaría desvanecida? Sin duda era esto. ¡Sí, no podía ser otra cosa!
Eva se precipitó tan rápidamente en el dormitorio que la puerta volvió a su primitiva posición, después de haber chocado contra la pared. Con el corazón latándole apresuradamente paseó los ojos en torno a la habitación. Vacío el pequeño lecho japonés, vacía la silla que había ante el escritorio colocado delante de la triple ventana ojival, en el extremo opuesto del cuarto. ¡Nadie!
La joven avanzó vivamente intrigada. Cada cosa parecía ocupar su correspondiente sitio — el rico biombo japonés desplegado junto a la pared, al otro lado de la cama; las acuarías, la amplia jaula vacía colgada por encima de la mesa, el cuadro de Oguri Sotan, a quien Karen profesaba tanto aprecio; las inestimables chucherías—, todo estaba en su lugar, salvo la propia Karen. ¿Adónde había ido? Media hora antes permanecía aún en su dormitorio. Eva la oyó hablar a Kinumé. Si no subió a su misterioso granero, prohibido para todos, ¿dónde...?
En aquel instante Eva advirtió detrás del escri-

(Continuará.)

(Publicada con autorización de la Colección "El Buzo".)

NUEVAS SALAS EN EL MUSEO ROMANTICO. — La buena gestión y dirección de Mariano Rodríguez de Rivas ha conseguido que el Museo puesto bajo su custodia se enriquezca con una serie de obras que acrecientan su interés. En muchas ocasiones hemos puesto a este Museo, tan limitado, como ejemplo de buen quehacer. En la memoria de todos están las Exposiciones monográficas dedicadas a pintores de la época, que han tenido así nuevo conocimiento y justo reconocimiento, y que se han formado no sólo con las aportaciones del propio Museo, sino con prestaciones particulares, logradas a costa de muchos esfuerzos y trabajos. Pe-

ro no sólo el resultado ha sido la formación de una colección circunstancial, sino que a ésta ha acompañado una aportación de tipo documental, que ha "colocado" al pintor en su clima y en su intimidad. Retratos, cartas, cuentas de cobros, objetos de uso personal y todo cuando po-

día ayudar a formar una mejor semblanza del artista fué presentado en vitrinas para que el visitante tuviera, junto al valor de la obra, el recuerdo "vivo" del artista. Y a este buen suceso, tan extraño en nuestra rigida vida museal, se acompañaba de flores de sabor romántico, de floreros y de esos pequeños objetos que eran los únicos motivos capaces de crear un "aire" propicio para llevar al espectador a la época y a la visión del ayer, para así mejor comprender al autor y a su obra.

Ahora, y con el buen motivo de la Fiesta de San Isidro, que en otros años más favorables para la salud del director tenía rango en veladas inolvidables por la buena resurrección madrileña y castiza que sabía hacer el rector, se ha tenido el buen acierto de inaugurar en el Museo una serie de salas cuyo recuento es de por sí bastante elocuente por el valor que representa. En una de ellas, dedicada a "gabinete de estampas" se pueden admirar colecciones de grabados y litografías de gran interés. El testero principal de la sala está presidido por dos litografías de rasgos caligráficos, que representan a los Reyes Fernando VII y doña María Cristina, y otra en colores de Isabel II, a las cuales acompañan los retratos de los Emperadores de Francia Napoleón III y Eugenia de Montijo, así como un retrato de la Emperatriz con las damas de su Corte, de Winterhalter. También figuran obras con las efígies de María Cristina y la infanta María Carlota, de Florentino de Crahene; del du-

Noticia y crítica de ARTE

que de Riansares y del Rey consorte, don Francisco de Asís, debidos a Luis y Bernardo López; retratos equestres del general Prim, del general francés Regnault, del ruso Levy, de los duques Pedro y Mariano de Osuna, de San Pedro, San Fernando, del conde de Toreno, y un retrato de Víctor Hugo, trazado con caligrafía biográfica, así como un bello retrato de Bellini, hecho por su paisano Palmaroli en la casa litográfica que poseía el mismo en Madrid. También figura una singular y magnífica colección de litografías en colores que representan escenas taurinas de Enrique Pedro León Faras-mundo Blanchard.

Otra sala de las inauguradas es la llamada de "peloche", de muy distinto matiz que la anterior. En ella se exhiben dos bellos retratos de don Basilio de Chávarri y de su esposa, doña Rita Romero, donados por doña Dolores Chávarri, viuda de López Roberts y firmados por Angel María Cortellini. Entre otras obras se hallan: "Monja muerta", de Amutio; retrato de don Emilio Castelar, donativo de doña Gloria Maltrana de Rio, firmado y fechado por Nin y Tudó en 1881; dos litografías en bajo-

relieve, que representan escenas amorosas, y una mesa con reloj de estilo Selva Negra. Varios muebles adornan esta sala, procedentes de la colección del marqués de Linares.

He aquí el resumen sucinto de unas obras de arte que desde hoy se exhiben en un Museo que parecía estar destinado, como tantos otros, a la fosilización, y que el buen arte de Rodríguez de Rivas, en ciertas etapas, pone en pie de vida y de vigencia. Agradecemos su labor y su ejemplo y alegrémonos de estas muestras "románticas", que tanto han servido para que un tiempo, muy poco conocido de nuestro arte tenga un atractivo y una curiosidad. El viejo patio del Museo, uno de los rincones más nostálgicos de Madrid, al buen caer del agua y de la tarde, nos trae la melancolía de los días que fueron y que ahora cobran actualidad gracias a un buen amor por las cosas, que debía ser nuestro primer deber de cada día.

RELOJES ANTIGUOS. — Muy cerca está la reseña del acto inaugural de esta Exposición, que pretendo, y lojalmente consiga, ser Museo permanente del reloj antiguo. Dos beneméritos coleccionistas, los señores Pérez

de Olaguer y Grassy, han cedido sus colecciones—unas de las más valiosas del mundo—para que las admiremos. Y bien es verdad que mucho y bueno hay que admirar en este certamen, tanto por el valor histórico como por el artístico, el económico y el documental. Desde el reloj equinoccial o el de ecuación hasta los de "carroza" o los autómatas del siglo XVI, una bella teoría relojera adquiere los más suntuosos o curiosos motivos para su contemplación. "Sobremesas" de estilo Luis XV o Luis XVI, relojes "de ciego", pasando por los más extraños mecanismos que el ingenio del hombre ha construido para medir eso tan difícil que es el tiempo, una gran enseñanza pasa por entre las admiraciones. Viendo esta maravillosa colección—descrita en libro admirable por Luis Monreal—, todos los pensamientos son posibles, desde el recuerdo inevitable para Juanolo y el César, que en la soledad de Yuste gustaba de ir saboreando los días, hasta la leyenda popular en los campanarios y relojes de sol de nuestra entrañable España, que advierte que todas las horas hieren y que la última mata. Pero no se trata de hacer glosa filosófica de este certamen, tan alegre en su timbre y campana, en su buena relojería, sino alegrarnos de su venida y de su ejemplo dado por los coleccionistas citados, sobre todo por el generoso préstamo del señor Pérez de Olaguer, que nos ha permitido contemplar una colección asombrosa en calidad y en cantidad y a la que ha puesto intención científica y lírica la buena pluma del crítico de arte Luis Monreal. Por lo poco frecuente del certamen, dedicamos hoy a él nuestro espacio, a su llamada y atención, con la seguridad de que el hecho lo merece, y nos deja—entre tantas horas dispersas con melodías distintas—un descanso entre el ir y venir de la pintura.

M. SANCHEZ-CAMARGO



"La Virgen y los ángeles", obra del escultor Monjo.

MUNDO Ligero



MARI-PEPA Mari-Pepa, por guapa y por revoltosa, es el orgullo del barrio. No hay una calle que no haya recogido el clamor de sus pasos y el eco de los piropos que estos pasos despiertan. Y no hay habitante que no haya sentido, al revuelo de su mantón, el incontenible deseo de expresar esos sentimientos que Felipe, más afortunado, apoyó, en el momento de la apoteosis, en un do sostenido.



LOS PERSONAJES Mari-Pepa se mueve en la verbena sobre un fondo de juventud; de una juventud enamorada que busca el vértigo en las vueltas de chatas, prendida en los flecos de su mantón. Pero Mari-Pepa no sólo despierta entusiasmos, sino que para aquellos que tienen que llevar su corazón a ritmo lento, la presencia de Mari-Pepa guarda el regalo de la nostalgia y la evocación. Una evocación que aún produce estremecimientos en el ánimo de los que acompañan su recuerdo con el dulce valvén de la mecedora.

Mari-Pepa es, ella sola, "La Revoltosa". Así como Julián anda por la "Verbena" con sus celos a cuestas y su madre en recuerdo, Felipe apenas si hace otra cosa que darle contrapunto al dúo. "La Verbena" anima masas y coros, y los esparce por toda la noche, por sus farolillos y sus estrellas; "La Revoltosa" hace girar los coros en torno a Mari-Pepa, y las frases más acertadas son los piropos que a ella se dirigen. Cuando Mari-Pepa tace, por el patio de su casa de vecindad, parece que las piedras se transformasen en castañuelas para acompañar la gracia de sus pasos.

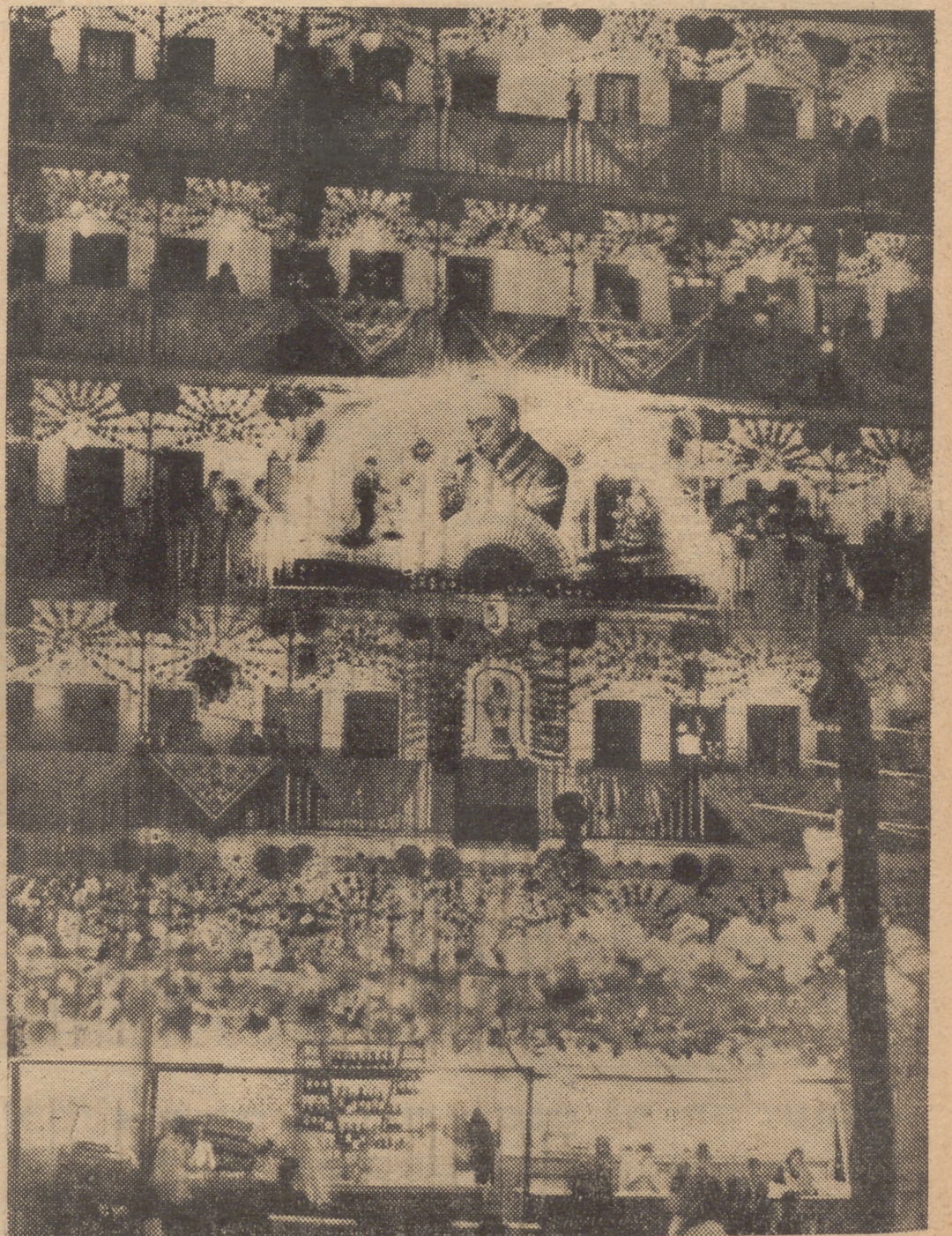
Mari-Pepa tiene, en realidad, un problema parecido al de Susana; ambas se mueren de celos y penitas de amor sin decirselo a nadie. Pero Felipe, más ducho que Julián, sabe darle achares, y, por eso, la trama sentimental de "La Revoltosa" gana en intensidad y se cife más a los protagonistas. "La Verbena" es un gran paseo por el Madrid castizo y pequeño de los barrios populares, que termina, como debe ser, en la alegre y simpática zarabanda de los churros y el organillo. En "La Verbena" los personajes secundarios cobran una importancia desmesurada, y la tutela de la "seña" Rita sobre Julián, por ejemplo, hace pensar si lo más importante de los cajistas de la época no sería su madrina. No se sabe quién sacó a Felipe de la pila, pero lo cierto es que en ésta se reservó casi toda la sal para Mari-Pepa. Más firme y menos desvaída que Susana, es en Mari-Pepa en la que se piensa cuando, las mañanitas madrileñas, a la sombra encalada que guarda los conventos del barrio de los Austrias, se ve cruzar, pinturera, una mocita de veinte años. Esas mocitas de Madrid, que se mueven con ritmo de flecos de mantón.

El mantón resulta igualmente importante en "La Revoltosa" y en "La Verbena". El mantón es como el uniforme de las bellezas madrileñas, y "La Verbena" acierta al dedicarle un número que ha venido a transformarse en su himno. Todavía, pese a la hipertrofia—en modas y ¡ay! en precios—de la pelotería, nuestras mujeres sueñan con un mantón de la China, na. Cuando el año pasado, en el escenario de "La Corrala", los coros irrumpieron, ofreciéndole a las que habían de ser sus compañeras en "La Verbena de la Paloma", los mantones de éstas, los que colgaban adornando las balconadas del patio, los que transformaban en balcónillo la madera agrietada de las ventanas, encontraron exacto reflejo en los que llevaban las espectadoras de la representación. Las mujeres de Madrid se habían envuelto en su mantón; en los viejos y un poco olvidados mantones, con rosas grandes, bordadas, paisajes de pagodas, y claveles rojos y abiertos, como heridas. Los mantones dormían un sueño de fiestas, y tenían, todos, el color un poco pálido del encierro. Pero, al viento de la Arganzuela, volvían a tremolar como banderas que saludasen una conquista largamente anhelada: la conquista de la noche.

Mari-Pepa, este año, se dispone a conquistarla también. Será bonito verla ir y venir; a ella, bonita siempre, y que trajo a tanto mundo de cabeza.

(Dibujo de Goñi.)

M. P. A.



EL ESCENARIO Mari-Pepa necesita un escenario de luz, de estrépito y de alegría. Y esperando la presencia de Mari-Pepa, la verbena luce como un asuá, orepita como una llama. Y cuando la antorcha viviente que es esta mujer aparece llena de agudos en el escenario, las luces palidecerán y la llama se inclinará humillada y el fuego de la noche se llenará del fuego que exhala esta mujer que saludará a su público con el amplio y cordial gesto del revuelo de su mantón.